

Juan Vázquez de Mella

A raíz de la muerte del orador insigne, honra de España y gloria muy grande del catolicismo contemporáneo, nuestro colega *El Debate* de Madrid, hizo esta magnífica semblanza del político íntegro, que, por lo educativa que es y por lo que tiene de homenaje al ilustre desaparecido, la insertamos, a continuación.

Fue Mella hombre de filosofía definida, desde los primeros días de su vida pública. Al escribir esto no queremos decir que tuviera pensamiento original, sino que supo hacer suyo el de la tradición española, lo convirtió en carne y substancia propia, y acertó, además, a vestirlo con un amplio y magnífico ropaje oratorio. Mella fue en este sentido el último de los grandes escritores de la escuela tradicionalista, que arranca de Balmes.

Importa recordar los hechos y enlazar estos dos nombres gloriosos. A la caída de Espartero, Balmes, uno de los hombres que en los cien últimos años más han amado a España y más honda preocupación han sentido por su porvenir, acude a Madrid y se pone al frente de un diario cuyo título es un verdadero programa: *El Pensamiento de la Nación*. He aquí el propósito concreto de Balmes: averiguar primero si España tiene en política pensamiento nacional, y, en segundo lugar, definirlo.

El filósofo catalán llega a esta conclusión: el pueblo español tiene un pensamiento propio, y, como consecuencia, hay una voluntad nacional, sobre la cual deberá levantarse toda la política futura: Mas esa voluntad no está definida; España no tiene conciencia plena de su propio sentir. Trató Balmes de definirlo en artículos publicados en su mayoría en 1844, y lo concreta en dos palabras: religión y monarquía. Para el

autor de «El Protestantismo» estas eran las dos grandes fuerzas unificadoras que habían hecho y que podían hacer de un pueblo variadísimo en lo accidental una sola nación. No es de este lugar seguir a Balmes en sus ideas constructivas. Baste decir, empero, que si los dos conceptos expuestos encierran el fundamento de nuestra constitución, no lo son todo en ella. A Balmes le preocupó el crear un tercer elemento esencial para la estabilidad de un régimen político: la aristocracia. Y veía en el mundo del capital, primero, y en el de las capacidades, después, los elementos sociales en que debía basarse la nueva aristocracia política.

De estas ideas arranca la escuela tradicionalista, que no coincide siempre, aunque sí de ordinario, con los partidos tradicionalistas españoles de gloriosísima historia.

Nosotros no hemos dudado en incluir entre los ilustres representantes de esta escuela a Cánovas, otro de los grandes hombres que en el siglo pasado consagró su vida a la patria. Para Cánovas, como para Balmes, las dos piedras angulares sobre las que había de levantarse nuestra constitución política eran también la religión y la monarquía.

Heredero de estas ideas fue Mella. Las sintió tan hondamente como sus predecesores con los cuales, por su vocación filosófica y sus aficiones históricas, tantos puntos de contacto tuvo. Inferior a ellos en sentido político práctico y en comprensión del mundo moderno, les superó por su temperamento artístico. Sin mengua de la claridad y de la precisión de los principios, Mella es de ordinario más feliz en la forma, es maestro en el arte de vestir de forma plástica los sentimientos y las ideas abstractas.

Las ideas centrales de la ciencia política de Mella son las mismas que sistemáticamente expuso en sus

días don Jaime Balmes: España, en medio de su variedad aparente, es en el fondo una unidad. Es acaso la colectividad política más unida que ha conocido la historia. La unidad se produce y mantiene por dos principios: uno interno, y externo el otro. El principio externo de unidad es la monarquía; el interno, la Iglesia católica. Unidad no es uniformidad. Con la unidad nacional es compatible la variedad que ofrecen las sociedades completas intrasoberanas que forman la nación española. Las diferentes soberanías sociales viven coordinadas y unificadas dentro de la única soberanía política.

No estará de más recordar—y recordárselo especialmente a aquellas provincias españolas a quienes más grato debe ser el nombre de Balmes—que el autor de *El Criterio*, fue más unitarista que el tribuno cuya muerte hoy lloramos. Y digamos de pasada que en estos días de reconstrucción nacional que son también días de confusión ideológica y de desorientación política, es un deber de cualquiera que piensa en serio, influir en los destinos nacionales, acudir a la cátedra de la media docena de hombres superiores que en la última centuria, con su palabra o con sus escritos, han descifrado el enigma del alma española.

Mella fue enemigo del parlamento y contrario al sufragio universal; en todo lo cual sigue siendo representante de la pura tradición española. Profetizó constantemente la dictadura. Suya es la frase recordada recientemente en estas columnas: «En el período de transición de este régimen caduco a otro nuevo, la autoridad suprema se guarecerá en la tienda de campaña de la dictadura».

Y cuando ésta ha sido consecuente con sus ideas, echó todo el peso de su autoridad moral del lado del dictador. Y a la vista está cuán desinteresadamente...

Con muchos de los criterios de política interior del actual gobierno siempre se mostró conforme, aunque sería faltar a la verdad decir que con todos. Pero las reservas que él hizo, más bien privada que públicamente, dan más valor a la imparcial, desinteresada y firme adhesión prestada al jefe del gobierno. Sin reservas, aplaudió la política marroquí y toda la política exterior del señor marqués de Estella.

Mella había dejado en los últimos años, por múltiples causas, de ser hombre de partido, y se había convertido en figura nacional. Contribuyó principalmente a ello su actuación durante la guerra europea, en la cual hombres de diferentes campos se sintieron representados en la palabra elocuentísima del insigne tribuno. Contribuyó su mismo carácter tan humano, tan generoso y humano. Las simpatías generales de que se sintió rodeado en sus últimos años—nunca tuvo enemigos personales—eran la justa correspondencia con que la sociedad pagaba su juicio suave y benévolo sobre todas las personas, cualquiera que fuere su ideología. Era bondadoso hasta cuando criticaba ingeniosamente las ajenas flaquezas. Fue un excelso aristócrata espiritual.

Sincerísimo en sus convicciones, no tuvo otra ambición que la de defenderlas y verlas triunfar. No quiso puestos ni honores. Gastó pródigamente, cuando la tuvo, su reducida fortuna, en la defensa de sus ideales. Vivió los últimos años de su carrera mortal «ni envidioso ni envidiado» en su modesto cuarto del Paseo del Prado, rodeado de sus amigos íntimos y de sus libros, o a solas con sus proyectos, un tanto ilusos de dar forma definitiva a sus ideas, de escribir un tratado práctico de filosofía política. Fue, en fin, en toda la extensión de la palabra, un hombre de buena voluntad, y en él se cumplió la evangélica promesa de la paz en

la tierra que a los mortales les estaba ofrecida, porque eran fugaces y siempre superficiales las borrascas en aquel noble espíritu que conservó siempre no pocos rasgos infantiles.

Su alma se encuentra ya en la divina presencia, ante aquel Juez a quien él tantas veces, con tan valiente y sincero fervor, confesó ante los hombres. Pensemos piadosamente que Cristo no le habrá negado ante su Padre celestial.

